

## RESUMEN DEL DISCURSO DEL P. HUGO DE ACHAVAL, S. J. <sup>(1)</sup>

*Excelentísimo Señor Edecán del Presidente de la República.\**

*Excelentísimo y Revmo. Señor Nuncio de Su Santidad.\*\**

*Venerables Ministros del Altar.*

*Reverenda Comunidad.*

*Amados Hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:*

In omnibus gratias agite: haec est enim voluntas Dei in Xto Jesu (1).

Si todos los días —semper et ubique— debemos dar gracias a Dios; si ello es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable, y como lo enseña S. Tomás (2), eso es la religión, una superexcelente acción de gracias; si el cuarto mandamiento nos manda honrar al padre y a la madre, que nos han dado con la vida, y dirección de ella, sus cuidados y ternuras, y eso es la piedad filial, que es también una forma de gratitud excelente; no menos obligados estamos a agradecer los beneficios recibidos de Dios, por manos de otros hombres, que El se eligió como instrumentos para hacerse conocer, amar y servir y así dirigir a los hombres hacia la vida eterna.

Y de tal manera es ello verdad, que puede decir el mismo Santo Doctor que manifiestamente, toda ingratitude es pecado (3), porque va contra la justicia, que obliga a dar a cada uno lo suyo. De allí, que el apóstol S. Pablo, cuando enume-

---

(1) Pronunciado en la Iglesia del Salvador en la solemne función de acción de gracias, el día 30 de agosto de 1943.

\* Capitán de fragata Dn. Pedro Insusarry.

\*\* Mons. Dn. José Fietta, arzobispo titular de Sárdica.

(1) San Pablo, 1 Thes. 5, 18.

(2) 2 2ae. 106, 1 ad 1m.

(3) 2 2ae. 107, 1 c.

ra los vicios y pecados de los gentiles, en una palabra, pone éste: ingratos (4).

Así lo entendieron nuestros padres en la fe, aquellos primeros que se decían con orgullo discípulos de los apóstoles; aquel Agustín que se reconocía deudor de S. Ambrosio; Santo Tomás, de Alberto Magno; Javier, Fabro, Laynez, Canisio y cada uno de los jesuítas, de San Ignacio, formidable maestro y padre nuestro, sacerdote santo.

Y esta voluntad de Dios, que nos recuerda S. Pablo en el pasaje que me sirve de texto, tiene su manifestación perfecta en este santo sacrificio de la Misa, que no es otra cosa que la acción de gracias por el cual se da a Dios, de quien desciende todo don óptimo (5), por Jesús, con Jesús y en Jesús, todo honor y gloria (6).

Y tanto es verdad, que la esencia de la religión es la gratitud, que San Juan encuentra en ello argumento para animarnos a amarle: *Diligamus Deum, quoniam ipse prior dilexit nos*, amemos a Dios porque El nos ha amado primero. Amémosle, esa es la perfección, *plenitudo legis dilectio* (7).

Y la revelación de su Corazón, que hizo a Santa Margarita María, no tiene más sentido, que provocar a la gratitud, a la vista de ese corazón que tanto ha amado a los hombres y no recibe en cambio más que frialdades, olvidos e ingratitud.

Reunidos, pues, en torno del altar, los un día alumnos de este Colegio bendito, cuyo nombre le dió el Salvador, *gratias agamus Domino Deo nostro*.

Si quisiera ocuparme de todas las gracias y dones que ha traído para nuestras vidas, nuestro paso por el colegio, debería limitarme a enumerarlos...

Pero quiero hacer algo más. Quiero ceñirme a una sola de ellas, porque comprendiéndolas todas, las explica y las enumera todas. Omito pues, el hablar de los estudios de las artes y de las ciencias. Omito el hablar de aquellas amistades

(4) 2 Timoteo, 3, 2.

(5) Jac. 1, 17.

(6) Can. Missae.

(7) Rom. 13, 10.

mil veces benditas, que aquí nacieron, y llenaron y llenan todavía una parte, la más pura de nuestras existencias. Omito traer los nombres y semblanzas de aquellos maestros venerables, de aquellos Padres y Hermanos, cuya retaguardia, aureoladas las frentes por los años, preside en esta fiesta de familia. Omito el recordaros tantas cosas que estos días hemos vivido, al encontrarnos después de tantos años. Omito, en una palabra, todo aquello que no sea la concepción y la práctica de la vida, del mensaje de Cristo, que bebimos en esta casa del cáliz que nos brindaba Ignacio, el soldado vano y desgarrado, que un día se encontró con Cristo, se enamoró de Cristo y le siguió. Soldado suyo, caudillo suyo, militar de Cristo, como lo quiere S. Pablo: *Bonus miles Cristi* (8).

Concepción total de la vida, que no se limita a ser un sistema del mundo, una filosofía, ni siquiera una sabiduría, sino que era una empresa, una cruzada, un servicio divino, por la gloria de Dios, por la mayor gloria de Dios.

Concepción que está sintetizada por el Padre Ignacio, en aquella síntesis genial del Principio y Fundamento, eco fiel de la Epístola de Pablo a los efesios, resumen divino de la *Summa Theologica* de S. Tomás de Aquino, que culmina en aquel epitalamio del alma enamorada, que pide al final del libro de los Ejercicios, conocimiento interno de tanto bien recibido, para poder en todo amar y servir a su Divina Majestad.

He ahí lo que quiero poner ante vuestros ojos: Esa concepción ignaciana de la vida como servicio de Dios, fruto del amor, desborde de la caridad, que es el don por excelencia que hemos recibido en esta casa, la idea de que el hombre, al igual que Cristo, no vino a este mundo a ser servido sino para servir.

Como el recluta que no olvida la vez primera que le dieron las ropas y las armas; como el novicio que señala como fecha gloriosa de su vida, la mañana que vistió la sotana de su orden; como el antiguo caballero que, después de veladas sus armas, recibía el espaldarazo que le armaba caballero, así

---

(8) 2 Tim. 2, 4.

el alumno de los jesuitas, cuando busca en su memoria el día en que comenzó a ser alumno de la Compañía, no podrá detenerse en la fecha en que le anotaron en los catálogos o le dieron el guardapolvo y un número para marca de sus cosas, sino el día que, llevado de la mano de Ignacio, como un día a orillas del Jordán Andrés y Juan llevados del Bautista, vieron a Jesús, al Cordero de Dios, al que quita los pecados del mundo. El momento aquel, en que entrado en el colegio, entró con S. Ignacio en ejercicios. Hasta entonces había conocido a algunos de sus maestros, había aprendido algunas, quizá, de las lecciones. El día que entró en Ejercicios como alumno del colegio, conoció al maestro que le había de enseñar la grande lección: El maestro era Ignacio. La lección era Cristo.

El niño hasta entonces mimado en su casa, travieso, juguetón, se encontró en ese día, consigo mismo, se encontró con el mundo verdadero, se encontró con Dios que le hablaba por medio de Jesús, el legado Divino.

Frente a frente con su conciencia, tuvo miedo. Giró en rededor, y vió despeñarse, como un rayo, del cielo al infierno, a los ángeles caídos, por no quererse ayudar de su libre arbitrio para el servicio de Dios. Vió a Adán y a Eva, expulsados del Paraíso, por aquel primer pecado de los hombres. Vió a otros que con menos pecados estaban en el infierno. Luego hacía el proceso de los propios pecados... Luego le llevaba Ignacio de Loyola al infierno y le mostraba el lugar que le estaba reservado si su vida no era servicio de Dios.

Contemplaba al mundo universo contra él, dispuesto a aplastarle, a devorarlo, por haber ofendido a la infinita Majestad de Dios y cuando sentía que el suelo se abría para devorarlo, cuando sentía en sí las angustias de los condenados levantando los ojos, puesto en Cruz, veía a Cristo, cómo de Creador era venido a hacerse hombre, de vida eterna a muerte temporal y así a morir por mis pecados... Sentir en sí, aquella infinita gratitud que expresaba S. Pablo, en esas palabras: *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me* (9). ¿Qué ha hecho Cristo por mí? y luego, fríamente, virilmente el examen de

(9) Gal. 2, 20.

las tres preguntas de Ignacio: ¿Qué he hecho por Cristo, qué hago por Cristo, qué he de hacer por Cristo?

Es ese momento que todos hemos vivido, a la sombra de Ignacio, y que Giovanni Papini, en su *Storia di Cristo*, al final estampa en estas palabras: *Abbiamo bisogno di te!* Tenemos necesidad de Tí...

Pero no se detiene allí: Un paso adelante y se aparece la figura de Cristo, Rey Eterno, Capitán Salvador, el modelo perfecto, el Caudillo Jefe de la Cruzada de la gloria de Dios, que me invita a ser suyo, a ser, de verdad, cristiano.

La vida pierde entonces ese carácter individualista y tiene sentido la divina fraternidad del Padre nuestro. Anhelos de gesta, de victoria, de conquista, la vocación al heroísmo, mientras suenan dianas y marchas triunfales, anuncios de que se pone en marcha un hombre para ser santo, caballero de Cristo.

Y así un año y otro año, al calor de las mismas ideas, al impulso de los mismos propósitos, días de fagina, días de servicio divino, entre libros y conviviendo en un ambiente que caldean las pasiones, en una edad en que todo es impedimento, el Señor, como a reclutas, día a día, gota a gota, haciendo su obra, haciéndonos hombres, haciéndonos cristianos.

El maestro era Ignacio. La lección era Cristo. Jesús el servidor de Javé, según le llama Isaías (10). Que para venir a este mundo quiso revestir la forma de servidor, de siervo (11), que tiene un vicario en la tierra que se llama servidor de los servidores de Dios, que El mismo no quiso sino servir, en vez de ser servido, que nos llama siervos buenos y fieles, o malos e infieles servidores, ese Jesús, que es imagen de Dios e imagen de los hombres, nos invita a participar de su vida y de su misión.

De su vida, haciéndonos hijos de Dios, hermanos suyos, consiervos de Dios.

De su misión, servicio de Dios, no servidumbre, sino no-

---

(10) 53. 3.

(11) Phil. II, 7.

bleza; no servilismo, sino amistad; que nos devuelve la jerarquía de hombres, imágenes de Dios, parientes suyos.

Soldados de Cristo, quería S. Pablo. Soldados de Cristo nos formó el Colegio. Por eso, así como se lee en el Tiro Federal: "Aquí se aprende a defender a la Patria", debiera leerse en el frente del Colegio, de nuestro Colegio bendito del Salvador: *Aquí se aprende a servir a Dios.*

Esa idea sacada de los Ejercicios, practicada durante años, nublada quizá, y hasta borrada en los años en que las ideas suelen ceder el paso a la sensibilidad, fué la consigna, que nos dieron el día que bachilleres, nos dijeron que el mundo se abría a nuestro frente.

Era un mundo liberal. Era un mundo lleno de egoísmo, podrido, que se venía abajo, cargado con el lastre ponzoñoso de las ideas de la revolución francesa, eco fiel de Lutero, de Voltaire y de Rousseau. Era un mundo que antes había llegado a obtener la supresión de la Compañía de Jesús... Era un mundo que había prendido fuego a este colegio, que en su existencia varias veces secular, ha tenido que ser un poco nómade, porque tuvo, tiene y tendrá enemigos, mientras oponga al lema del infierno *Non serviam*, no serviré, las palabras del Angel: *Quis ut Deus*. ¿Quién como Dios?

Y se hicieron muchos claros en las filas de los alumnos del Salvador. Muchos que no supieron resistir al embate del mundo, del demonio, de la carne. Y ante el espectáculo de los vencidos, se proclamó la quiebra de esas ideas, de ese concepto de la vida, de esa educación jesuítica...

Y sin embargo, el mensaje de Cristo, el ideal cristiano, no estudiado por defuera, sino vivido, intensamente, allí estaba. La consigna, servicio de Dios, que dividía en dos grandes categorías a la humanidad allí está: *Servire Deo regnare est*. Servir a Dios es reinar. Nace el hombre esclavo y puede llegar a ser un rey. De ese trono suyo real, puede llegar a convertirse en un esclavo. Entre esos dos extremos, como una síntesis, el cristianismo, le hace reinar por el servicio de Dios. Ignacio, mirando a Cristo, copiando de sus razgos, enséñale a servir a ese Dios, enséñale a escalar ese trono, que está reservado

a los que llegan a hacerse hijos de Dios. Nuestro colegio nos enseñó a vivir como tales, a ser hijos de ese Dios, Padre y Señor, a ser señores también nosotros.

Por eso, si pudimos decir que cabían en su frente las letras que resumían esa enseñanza: *Aquí se aprende a servir a Dios*, después de haber pasado por esta casa, después de haber vivido en ella, recobrado en ella la ruta quizá un día perdida, podemos decir, como Jacob, al despertar de aquel sueño en que veía la escala que conducía al cielo: *Hic est domus Dei et porta caeli: Esta es la casa de Dios y la puerta del cielo.*

En estos días, así lo ha reconocido el gobierno de nuestra patria. Es la primera vez, que públicamente, el Estado, que ya no es liberal, reconoce la obra que Dios hace mediante este colegio, en el seno de nuestra patria. No nos alegramos por lo que ello pueda importar de recompensa, cuanto por lo que tiene de justo y sobre todas las cosas, por lo que ayuda a cumplir mejor, y más, el lema de la orden, el lema de nuestro colegio, el lema de aquel que le dió su nombre de Salvador, *la gloria, la mayor gloria de Dios.*

Levantemos nuestros corazones hacia el trono del Dios de las misericordias y démosle gracias rendidas, por tantos y tales beneficios que aquí hemos recibido, pero por sobre todos, y como el más valioso, por ese conocimiento íntimo, profundo, dulce, suave, eterno que aquí hemos recibido, junto con una confianza inquebrantable, en ese Jesús, nuestro Capitán Salvador de quien ni los ángeles ni los infiernos, ni las cosas ni los hombres, ni lo presente, ni lo pasado, ni lo futuro, ni peligros, ni nada en esta tierra ni en el cielo, ni en parte alguna podrá separarnos, si somos fieles en seguir, en amar y en servir, como aquí nos lo enseñaron, como aquí lo practicamos y como más de una vez, en este mismo templo, lo prometimos, por medio de María, Madre suya y Madre nuestra Inmaculada.

HUGO DE ACHAVAL S. J.